

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 262

Valencia, 21 de Octubre de 1937

María Carbonell, 2

Patria y papeles viejos

Tengo a la vista un folleto de pocas páginas, dado a las prensas por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, en el que se replica con aportación de datos precisos, a las aseveraciones que, «desde el otro lado de la barricada», hiciera hace algún tiempo un erudito, de la casta ilustre de don Fulgencio Tapir, y director hasta hace pocos meses de la Biblioteca Nacional, de Madrid, a propósito de la suerte corrida por el tesoro artístico, bibliográfico y documental en la zona gobernada por el Gobierno legítimo de la República. Merece leerse ese fascículo, por varias razones, entre otras, para cerciorarse de una especie de guerra papelista que no se libra, por cierto, en los campos de batalla.

La guerra es así. Tiene sus leyes morales propias, que no son ni remotamente las de la paz. Y en la guerra, ya lo dijeron de consuno Pero Grullo y el general Clausewitz, lo importante, lo capital y decisivo, es aniquilar, como sea —el fin justifica los medios—, al adversario. No tiene, pues, otra moral propia que la que conduce con la mayor rapidez el éxito y la victoria, al triunfo final. De ahí que en estos tiempos repletos de juricidad, en los que la ciencia del Derecho, según nos aseguran los entendidos en esa sagrada disciplina, ha dado pasos de gigante, hase inventado una expresión un tanto pintoresca —sólo la expresión, que la realidad que representa es vieja como el mundo y la guerra misma— que define la moral bélica con plasticidad admirable: La guerra totalitaria. La guerra totalitaria es..., pues, la guerra en todas formas y en todas partes: en los aires, en el mar, en los campos, en las ciudades; va contra la vanguardia y la retaguardia; tanto monta para ella el hoplita, cargado con todas las armas y animado de máximo poder ofensivo y defensivo, como el niño inocente, que va con su hatillo de libros a la escuela; un museo glorioso, como una fábrica de municiones; una catedral, egregia expresión de una gran época histórica, como un arsenal o un polvorín; porque todo lo incluye en su campo de acción la guerra totalitaria. Viejo concepto, y aún más vieja práctica, que corre por el mundo, desde las civilizaciones más remotas, acaso desde la misma Pre-historia, hasta los días de la destrucción de la Catedral de Reims o del Palacio de Duque del Infantado.

¿Qué tiene, pues, de inaudito o extraño que la guerra totalitaria acuda, en otro frente, a destruir el crédito y la honra del enemigo? Porque sabido es, además, que la guerra moderna particularmente, no se hace sólo con metralla o cosa que lo valga, sino también con papel, tinta, pluma y torcida y retorcida intención. En la memoria de todos los que vivimos los días de la Gran Guerra está vivo todavía el recuerdo de la guerra de papeles que se hizo dentro de ella. Los escritores más ilustres pusieron las armas de sus estilos a su disposición. Sólo algún que otro mirlo blanco se abstuvo. Y nuestra guerra de ahora está también haciendo gemir en todos los tonos a toda clase de prensas y por todos los medios. Si esta aseveración no fuera de dominio público y precisara ejemplos, podría citarse, entre miles, el de la campaña periodística, hecha en España y fuera de España, sobre nuestro tesoro artístico, bibliográfico y documental. Según sus promotores y corifeos, en la España que rige el Gobierno legal no debía haber quedado a estas horas un solo monumento histórico en pie; el

Museo del Prado había pasado casi en su integridad, por enajenación, al extranjero; las bibliotecas públicas y privadas habían corrido la suerte de la tópica de Alejandría, la de las obras de Erasmo y los heterodoxos en tiempos de la Contrarreforma en España o la de los grandes autores contemporáneos y algunos que no lo son en la Alemania del día; los archivos eclesiásticos, parroquiales, catedralicios, judiciales, concejiles, etc., etc., todos ellos habían servido para encender y alimentar hogueras, como las del solsticio de verano, las de San Juan, alrededor de las cuales el populacho español, lo peorcito de cada casa, ebrio de vino y de sangre, bailaba la más atroz danza de la muerte, una zarabanda diabólica, sin precedentes en la Historia, y eso que esta repolluda y antiquísima señora se las trae... ¿Para qué seguir? Y esto lo afirmaban, no ya los periodistas mercenarios de las agencias publicitarias, sino respetables doctores, respetables levitas del templo de la erudición, hombres hasta ahora consagrados profesionalmente a la investigación de la verdad histórica, que, aunque muy eruditos, no habían, sin duda, leído —porque no tiene aún cien años de existencia— el libro de Julien Benda «La Traición de Clercs», que de haberlo siquiera ojeado, hubieran por lo menos tenido cierta leve sospecha de que algunos de los males que aflige al mundo contemporáneo, son quizá debidos a la traición de los intelectuales: traición a sí mismos, a sus deberes, a la verdad, a la justicia, a la razón... a su razón de ser. ¡Terrible cosa ver a un hombre, consagrado pacientemente toda su vida a investigar la verdad —la hitórica, la religiosa, la científica o la moral—, caer de repente, por mera pasión política, en el abismo de la desnaturalización apasionada de la verdad; abandonar su ideal fortaleza, la más fuerte y permanente de todas, que era su dignidad y su gloria, por tomar deliberada o inconscientemente las armas de la amarilla calumnia, que, si muerde como la envidia, no deja de comer como ella. Tal es uno de los resultados no desdenables de la guerra totalitaria. La guerra en el frente del papel, no es, pues, menos enconada e impía que en los otros.

A combatir esa bien tramada campaña de difamación del Gobierno legítimo —creemos que ya está mellada y rota—, a poner en ese punto la verdad en su fiel, va destinado el folleto que tenemos a la vista. Aparece sin nombre de autor, sin duda porque la delicadeza de éste lo ha impuesto así; pero no es anónimo, porque precisamente su contenido se publicó ya en el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN, y por él sabemos que este autor es el catedrático, bibliógrafo y bibliófilo, señor Moñino, que tanto y tan eficazmente hubo de intervenir en la primera Junta de Protección del Tesoro Artístico, dando, en medio del barullo reinante aquellos días memorables, a todos, ejemplo de eficacia metódica y de actividad y competencia intachable. Nadie, pues, que yo sepa, con más autoridad que él para poner en claro lo sucedido en Madrid y sus cercanías con el tesoro bibliográfico y documental. Con sobriedad de estilo y eficacia dialéctica —emplea la mejor, la de aportar datos—, el señor Moñino rebate una a una las falsas imputaciones que se han hecho por la pasión política desencadenada hasta el lóco

(Continúa en la página siguiente.)

EN EL bombardeo de Gijón to- maron parte mono- planos trimotores "Junker"

Así lo afirma el enviado del
"Daily Express"

LONDRES. — Los aparatos que efectuaron el bombardeo de Gijón eran monoplanos trimotores "Junkers", del tipo "Ju-52". Así lo ha afirmado el corresponsal del "Daily Express", que es perito en aeronáutica, después de examinar una fotografía tomada desde el buque británico "Resolution", a cuatro millas de Gijón. Dice que en uno de los aparatos se distingue claramente la torreta delantera, que permite a las ametralladoras el tiro rasante, así como la defensa en caso de ataque por aviones de caza. Igualmente se distingue la torreta para ametralladoras de la parte posterior.

La fotografía fué tomada desde el citado barco de guerra cuando los aviones regresaban de bombardear Gijón. El "Resolution" se hallaba entonces a cuatro millas de Gijón, y marchaba a una velocidad de unos ocho nudos, acababan de pasar cerc del navio tres aviones rebeldes de bombardeo, cuyos pilotos y servidores de las ametralladoras saludaron a la tripulación, cuando un avión muy rápido voló a su vez, sobre el buque, al tiempo que el que estaba al servicio de la ametralladora disparaba aún en dirección a Gijón.

Por la España re- publicana

"Dios", "Orden público",
"Civilización"...

Por Thomas Mann

En realidad, lo que se viene desarrollando en España desde hace muchos meses pertenece a lo más ignominioso, a lo más escandaloso que se haya registrado jamás en la historia. ¿El mundo lo ve, lo comprende así? Sólo muy parcialmente; pues nada sabe hacer mejor el asesino interés económico que entontecer al mundo y arrojarle arena a los ojos, a fin de que no llegue a ver su verdadera figura. De una dama, que, por lo demás, habita en la parte hoy más tenebrosa de Europa, en Alemania, recibo la manifestación siguiente: «¿Quién hubiera podido pensar que los rojos, en España, bajo la luz del cielo, fueran capaces de cometer tales atrocidades?»

¡Los rojos! ¡Bajo la luz del cielo! ¿Pero es que no se tiene ya corazón? ¿Es que no se tiene ya entendimiento? ¿Es que, sin resistencia alguna, quiere uno dejarse arrebatar por el interés económico, cierto que bajo nombres de engañosa dignidad, como cultura, Dios, Orden público, Patria, hasta los últimos restos de un libre juicio humano? Un pueblo oprimido, explotado de la manera más abusiva y desconsiderada, se esfuerza por lograr una existencia más clara y más humana, un orden social con el que imagina que, mejor que con el anterior, podrá presentarse ante los ojos del mundo civilizado. La libertad y el progreso no son aún allí conceptos corrompidos por la ironía y el escepticismo; son, para este pueblo, valores vitales altísimos y dignos de que se aspire a ellos, condiciones precisas para el mantenimiento del honor nacional. Hay un Gobierno que, con todas las precauciones impuestas por las circunstancias, acomete la tarea de soslayar los más groseros inconvenientes, de llevar a efecto las mejoras más necesarias.

¿Qué acontece entonces? Estalla un motín de generales, al servicio de los viejos poderes explotadores y opresores, y ya secretamente de acuerdo con el especulador extranjero, y fracasa, y está ya casi en derrota, cuando viene a ser sostenido, a cambio de la promesa de ventajas económicas y estratégicas en caso de la victoria de los insurrectos, por los Gobiernos extranjeros enemigos de la libertad; nutren y sostienen éstos semejante rebelión con dinero, hombres y material bélico, de modo que el derramamiento de sangre, la crueldad desoladora y furiosa, que, cada vez más sin miramientos, actúa por una y otra parte y produce el autodesgarramiento del país; no encuentran ya límite alguno. Contra un pueblo que lucha desesperadamente por su libertad, por sus derechos humanos, se emplean hasta sus propias tropas del territorio colonial. Aviones de bombardeo extranjeros destruyen sus ciudades y hacen espantosa carnicería en sus mujeres y niños... y a todo esto se le llama nacional, a todas estas briberías que ciaman al cielo, se las llama Dios, Orden público y civilización.

Si las cosas fueran tal como las afirma la Prensa de Europa, servidora del interés económico, hace mucho tiempo que tendría que ser completa la victoria del «orden» y de la «civilización»

(Continúa en la página siguiente.)

PATRIA Y PAPELES VIEJOS

(Continuación)

frenesi. No niega lo que no se debe negar, ni hay por qué; pero también sabe asignar justiciero la responsabilidad a quien corresponde.

¿Que, en el huracán bélico que sacude mortalmente a toda España se han producido pérdidas lamentables en el tesoro bibliográfico y documental? Nadie intenta negarlo. Ni en este ni en el artístico. Sería milagro, probablemente sin precedentes en la historia, que así no fuera. No en vano se desencadena sobre un desventurado país una guerra del volumen y trascendencia de la que ha puesto en vilo bélico a todo el pueblo español. Sufre de ella, de sus horrores y violencias sin cuento, todo lo que es español; todos, absolutamente todos, y no sólo el artístico, bibliográfico y documental, los tesoros nacionales: el histórico, el cultural, el estético, el económico, el ético, el religioso, el racial; todo, todos los tesoros; todo lo que es la nación en su carne y en su espíritu, en lo temporal y en lo intemporal. ¡Ah!, mis buenos Jeremías de las campañas banderizas, si la pérdida que llevamos experimentada se redujera solamente a este o al otro monumento, por bello que fuese; a unos cuantos libros, aunque fueran raros, únicos; a montones de papeles viejos con todo lo que pudieran contener en cifra de nuestro pasado; en ese caso, yo, que creo haber dado pruebas de amar desinteresadamente —jamás hice granjería de mi afición—, el arte de mi patria, yo que soy también, a mi modo, un poco bibliófilo y gusto

de la historia, aunque no soy, en modo alguno, un maniático del papel viejo, ni menos de la erudición; yo daría de muy buena gana todas esas pérdidas y ni siquiera me lamentaría de ellas... Hágannos lo bueno, pues, porque así no tendríamos que lamentar, corroidos de dolor, como lo lamentamos ahora, el aniquilamiento de tantos altísimos valores nacionales de difícilísima, y en algunos casos imposible, reposición. Y no fué el populacho, desmandado unas horas, unos días, ni remotamente ningún hombre con responsabilidad dentro del Estado, quien en realidad de verdad ha producido ese espantoso estrago, esa destrucción de la patria, ese horrible matricidio. ¿Para qué, pues, lamentarse exclusivamente de la pérdida fatal de un montón de papeles y libros viejos ante el hecho tremendo del voracísimo y descomunal incendio que está consumiendo todas las riquezas morales y materiales de la patria? La verdad es que hay que poseer la insensibilidad monstruosa de cierta especie de eruditos para ponerse a reclamar en estas circunstancias fálzamente por papel viejo de más o de menos. El don Fulgencio Tapir, tipicador del «erudito prodigiosamente miope», cuyo instrumento de investigación era la pituitaria, según Anatole France, es un ser portentosamente dotado de humanidad, si se compara con algunos de los nuestros.

JUAN DE LA ENCINA

(Escrito expresamente para el S. E. I.)

Sólo 46.000 condenas en el año 1936

BERLIN. (Información propia). — A fines de septiembre se hizo la estadística de los crímenes registrados en el III Reich durante el año 1936. Los juzgados alemanes condenaron a 442.912 personas, sin contar las condenadas por los Tribunales especiales de los juzgados fascistas secretos. Por crímenes y delitos de menor importancia, se dictó sentencia contra 96.847 personas, entre las cuales había 16.957 mujeres y 1.933 muchachas de catorce a dieciocho años.

46.847 fueron condenadas por traición a la patria, según la ley de Defensa del Estado, que fué establecida la noche del incendio del Reichstag. Después, en virtud de la ley de Defensa de la sangre aria, se condenó a diversas penas a 358 personas, de ellas 262 judíos.

Fueron ejecutadas 66 penas de muerte. 47.000 encarcelados desde hace cinco años, sin haber sido juzgados, apelan a la justicia del mundo. («Deutsche Volkszeitung», 10-X-937.)

El "popularísimo" viaje del Duce a Alemania

El periódico «Nouvelles d'Allemagne», publica una carta que un obrero de Berlín ha escrito a un compañero expatriado.

Dicha carta, que lleva fecha del 27 de septiembre, dice así:

«Aprovecho la ocasión de este día festivo en honor de Mussolini, para escribirte. Mañana está obligado todo el taller a participar en el desfile. Tendremos que andar des-

de las 13 a las 24, y los que no figuren en la manifestación perderán el jornal de ese día. Así que como verás se trata de un descanso relativo. Pero después de todo ¡tenemos tanta necesidad de dinero! Comer es, actualmente, carísimo, y los gastos que nos obligan a hacer para los ejercicios de defensa antiaérea del otro día, han pesado seriamente sobre nuestros modestos sueldos.

El papel negro nos costó de 30 a 40 pfennig el metro, y nos dieron orden de recubrir con él todos los huecos que dan a la calle. ¡Has asistido alguna vez a esta clase de ensayos?

La oscuridad era terrible y por esa causa hubo un gran número de desgracias. Ante el gran peligro que suponía aquella oscuridad artificial, no terminaron las pruebas, dándose la luz antes del tiempo prefijado.

Sin embargo, ahora, durante estos días de fiesta, nos compensarán. Nos veremos ampliamente remunerados de luces. Mussolini, entre nosotros, y en términos generales, no es popular, ni mucho menos. Nadie ha olvidado las experiencias de la última guerra, y todos cantan aquello de «tú no eres fiel».

Las calles están llenas de escuadras, de vigilancia y de agentes de policía vestidos de paisano.»

Por la España republicana

(Continuación)

sobre la canalla marxista. Pero la chusma roja, como le gusta expresarse a la Prensa del interés económico, es decir, el pueblo español, defienden su vida, su elevada vida, con una valentía de león, que debería hacer reflexionar acerca de la fuerza moral que allí gobierna al entontecido siervo de lo económico.

«El derecho de autodeterminación de los pueblos», goza hoy, en todo el mundo, de la máxima veneración oficial. También nuestras dictaduras y estados totalitarios le conceden importancia, por lo menos para fingir que tienen consigo el noventa o el noventa y ocho por ciento de sus pueblos. Ahora bien; los militares que se sublevaron contra la República española, esto es evidente, no tienen consigo al pueblo español y tampoco pueden fingir, que les apoya; por medio de marroques y ejércitos invasores tienen que procurarse, primero, la posibilidad de llegar a dominarlo. Acaso no esté establecido con toda evidencia lo que quiere el pueblo español; pero lo que no quiere es perfectamente claro: no quiere al general Franco.

No obstante, los Gobiernos europeos interesados en la estrangulación de la libertad, en medio del estruendo de la guerra civil, por ellos sostenida, si no desencadenada por ellos, han reconocido la soberanía de este rebelde como la única legítima. Esos poderes, que en su casa, muestran cierta sensibilidad, bien puede decir, para las cuestiones que afectan a la alta traición, apoyan a un hombre que entrega su país al extranjero; esos poderes, que se llaman nacionalistas, emplean toda su fuerza en elevar al poder a un colega de opiniones para quien no es nada la independencia de su patria, con tal de poder acabar con la libertad y los derechos del hombre, y que declara que mejor sería que murieran las dos terceras partes del pueblo español antes de que en el país venciera el «marxismo», es decir, un orden mejor más justo y más humano... Es harto indignante, criminal y repulsivo.

THOMAS MANN

(«Volksrecht», de Zurich, 14 de octubre 1937.)

Diez años de fascismo totalitario en Italia

INTRODUCCION

Panorama de una situación crítica: fascismo, antifascismo y democracia en los umbrales del año XV

El fascismo italiano ha celebrado, estos últimos meses, el décimo aniversario de las leyes excepcionales cuya aplicación sistemática, implacable, le aseguró —a defecto de sufragios libremente expresados— el dominio absoluto de todos los poderes del Estado, y, al mismo tiempo, en el interior de éste, la investigación integral y el sometimiento sin condiciones a las exigencias del régimen que encarna, de toda forma de vida individual o colectiva.

Hay que confesar que este aniversario llega en un momento singularmente propicio al desarrollo e irradiación de la mística dictatorial, en un momento que parece marcar, de un lado, el triunfo brillante, la consagración irresistible de los métodos que los hombres fieles al emblema de los lictores han sido los primeros en poner en práctica en la península, y, de otro, el desgaste irreparable de las garantías, a decir verdad, muy engañosas, al abrigo de las cuales el capitalismo quería hacer creer, ayer todavía, que se podían conservar intactos, sólo por la fuerza de unas imágenes verbales, el prestigio y las virtudes creadoras de principios del 89.

Mientras que apelando a la universalidad, en vano desconocida, de la ley de la violencia y transfiriendo al plano internacional las operaciones tácticas y los objetivos estratégicos por él perseguidos con tan buen éxito en el plano de la política interior, el fascismo italiano —en unión estrecha con los

fascismos alemán y austriaco— consigue ganar, al menos en los documentos diplomáticos, su título para el ejercicio de la dignidad imperial, los gobiernos a quienes la suerte ha reservado la misión de hacer valer los recursos últimos de las democracias aún supervivientes abdicar, sin resistencia, muy contentos de ocultar con el andamiaje de su pacifismo irreductible, el agotamiento completo del régimen de que afectan erigirse en guardianes.

De España, sin embargo, brota de repente una luz deslumbradora que ilumina las tinieblas, bajo las cuales la coalición de los fascismos trata de someter el continente entero a la autoridad de los dogmas de donde saca la legitimación de un poder providencial. Por primera vez, después de las jornadas inolvidables de la guerra civil de Rusia, un pueblo de la comunidad europea, desafiando los riesgos mortales que implica el cumplimiento de su misión histórica, realiza, frente a sus explotadores tradicionales, la solidaridad de todas sus capas sociales y desciende a la liza como único intérprete de los intereses verdaderos de la nación entera, para rechazar la ofensiva concertada de la reacción internacional que obedece las órdenes de Roma y de Berlín.

Conscientes de lo que se dirime, las masas obreras y campesinas españolas, aún viéndose abandonadas por todos sus falsos aliados oficiales del antifascismo internacional, no temen tomar por su cuenta, ocupando el lugar de la burguesía desfalleciente, la dirección de una revolución que tiende, en primer lugar, a librar al país de toda dominación extranjera.

Este ejemplo tiene que ser contagioso. No deja de ser significativo el hecho de que a las trincheras, en donde los milicianos republicanos ofrecían heroica resistencia a los ataques de las partidas mercenarias reclutadas por los generales, los banqueros y los arzobispos, hayan acudido, desde los primeros momentos, huyendo de la cárcel italiana, a pesar de toda prohibición y despreciando toda vigilancia, muchos de los ciudadanos, contra los cuales ha empleado todo su rigor la policía de Mussolini.

Nadie, en Europa, ignora ya el alcance de la lucha grandiosa que se desarrolla en este momento al otro lado de los Pirineos. El proletariado menos que ningún otro. Allí donde ha adquirido el conocimiento de los derechos que le pertenecen y de las obligaciones que le incumben como clase —bien y a la vez en la miseria y en la esclavitud, como en Italia o en Alemania, ya se bata por su emancipación con las armas que con mucha parsimonia se conceden los regímenes de democracia formal, como en Francia e Inglaterra, ya se adiestre por medio de la práctica de todas las fuerzas, cuyas fuentes inagotables están en él contenidas, en el ejercicio íntegro del poder político, como en Rusia—, vive en estado de alarma.

Precisamente para que esté en condiciones no sólo de apreciar en toda su crueldad el estado de odio o sometimiento a que está condenado allí donde el fascismo instaura su dominio totalitario, sino de darse cuenta inmediatamente del deber que tiene de reunir en un bloque homogéneo todos sus efectivos diseminados y de no rehusar, cueste lo que cueste, el combate, es por lo que los antifascistas italianos han creído que no sería tal vez inútil denunciar una vez más a la opinión pública mundial de los caracteres auténticos del llamado sistema legislativo, sobre el cual la dictadura del fascio se enorgullece de asentarse, desde hace diez años, su aparato pasivo.

Una vez más aparecerá la prueba de que el legislador fascista, sea cual fuere el idioma de que se sirva, no puede cumplir su cometido más que legitimando el crimen.

La crisis fascista de 1924

Al día siguiente del odioso asesinato de Giacomo Matteotti, el crimen más típicamente fascista que registra la historia, Mussolini no tuvo más que una preocupación, dictada por el miedo, la de desligar su responsabilidad de la de sus mandatarios, condenando sin reserva, implacablemente, la doctrina y el programa a los cuales hubieran podido oponerse aquéllos, llegado el caso, doctrina y programa que

El paraíso hitleriano

Falta de materias primas

La falta de materias primas en las fábricas de fundición de Dortmund, ha ocasionado nuevamente una disminución del trabajo. La anulación de pedidos en el extranjero, ha influido también en la marcha de las industrias.

La consecuencia inmediata de esto, ha sido la rebaja de salarios. A los aprendices se les ha señalado un jornal de 0'55 marcos por hora; a los oficiales, de 0'58, y a los obreros especializados, de 0'65 a 0'70.

Los mejores trabajadores, que cobran un jornal de 0'75 marcos por hora, ganaban antes del régimen hitleriano 1'04 marcos.

Se suprime el subsidio familiar a los obreros cuyos hijos se nieguen a trabajar en las industrias químicas

BERLIN, 9. — En virtud de una reciente disposición, se suprimirá, de ahora en adelante, el subsidio familiar a aquellos obreros cuyos hijos se nieguen sin motivo justificado, a realizar los trabajos que se les encomiende.

El Reich ha tomado esta medida en vista del número, cada vez mayor, de personas que se niegan a trabajar en las industrias químicas, por considerar la labor que tenían que efectuar, muy perjudicial para su salud.

Mujeres socialdemócratas, condenadas

HAMBURGO, 9. — Ante el Tribunal de Kiel, han comparecido cuatro mujeres y dos hombres acusados de hacer propaganda en favor del Partido Socialista y de celebrar reuniones secretas, durante las cuales oían las emisiones de Radio Moscú.

A excepción de dos mujeres que quedaron absueltas, los demás fueron condenados a dos años de prisión.

Actos de "sabotage" en una fábrica

STUTTGART, 9. — En las últimas semanas, fueron despedidos varios centenares de obreros que trabajaban en una fábrica de aviones de Stuttgart; unos, a causa de la falta de material; otros, por haberse comprobado que cometían faltas importantes en la construcción de los motores para aviones de bombardeo.

El director de la industria ha declarado que esos actos de sabotage han producido pérdidas considerables, pues ha habido que desmontar series enteras de motores ya construidos.

(«Pariser Tageszeitung», 10-X-937.)

El verdugo amenaza

BERLIN. — Hitler ha desoido el llamamiento de los parlamentarios franceses, checoslovacos, noruegos, ingleses y dinamarqueses que pedían el perdón de Roberto Stamm, condenado a muerte.

La sentencia se cumplirá uno de estos días.

(«Deutsche Volkszeitung», 10 de septiembre de 1937.)

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este BOLETIN

desde entonces, precisamente, ha sido la base de todo el fascismo.

El 13 de junio de 1924, exclamó en la Cámara:

«Si hay alguien en este salón que tenga más derechos que nadie a estar asombrado, hasta exasperado, ese soy yo. Sólo un enemigo mío podía consolar el crimen diabólico que hoy nos llena de horror y nos hace llorar de indignación... Si hay que deplorar, si hay que condenar, si hay que llevar la investigación hasta hallar a todos los culpables y a todos los responsables, nosotros estamos aquí para repetir que todo ello se hará tranquilamente, inexorablemente... La ley será ejecutada. La policía entregará a los culpables a la autoridad judicial y ésta fallará sin tardanza... si me autorizáis para que se instruya un juicio sumarisimo, se instruirá... Se hará absoluta justicia, porque debe hacerse, porque el crimen es un delito de antifascismo y de antinación (sic). Es más que horrible. Es una humillante bestialidad.»

Algunos días después, el 26 de junio, en el Senado, insta a la oposición a que entre en el salón de sesiones, para desempeñar su función, aunque fuera de una manera sectaria, si ella lo considera útil. Para alcanzar esta finalidad, está dispuesto a todo.

«Admito, declara, que la milicia debe estar prontamente encuadrada en las fuerzas armadas del Estado. Y puesto que se me ha reprochado tanto el no haber tomado todavía esta decisión para que aquella pueda prestar juramento al rey, me comprometo, desde ahora, a ejecutar esta formalidad. ¿Cuál será mi programa? Ya lo he dicho y lo repito. Me propongo que funcione la Cámara, el Parlamento. Lo repito, tengo la intención de no dar en lo futuro decretos-leyes, porque si el Gobierno hace por sí mismo las leyes, la Cámara no tiene nada que hacer (sic). Entrar en la legalidad absoluta, reprimir todo lo ilegal, depurar el Partido... Estoy dispuesto a seguir una política de conciliación nacional, a olvidar todas las luchas del pasado...»

Para demostrar la sinceridad de estos compro-

Un documento sensacional

Unos oficiales alemanes acusan documentalmente a Hitler como enemigo y causante de la ruina del país

PARIS. — El semanario «Vendémiaire», dirigido por el moderado «Bure», publicó ayer un documento sensacional. Este documento ha sido entregado al periódico por un grupo de oficiales nacionalistas alemanes, que consideran a Hitler como un enemigo de Alemania. El documento examina el carácter de la guerra en España, ensayo general de una guerra europea, y reproduce publicaciones oficiales nazis.

Hitler pide a Franco materias primas y bases navales para hacer la guerra contra Francia, y, en cambio, ha entregado a Franco, hacia el mes de julio de 1937, seis mil ametralladoras, quinientos cincuenta aviones, trescientos carros de asalto y quinientos cincuenta cañones de grueso calibre de artillería de marina y de artillería de costa, para fortificar las costas del Africa del Norte y las próximas a las fronteras con Francia.

Los oficiales nacionalistas consideran que Hitler ha traicionado a Alemania, entregando a Franco un material de guerra importante que hacía falta al ejército alemán.

Además de cañones y aviones, Hitler ha entregado a Franco varios millares de fusiles, bombas de mano y millones de cartuchos, cediéndole millares de técnicos y oficiales de marina, pues —dice el documento— la mayor parte de la marina franquista está formada por alemanes.

La masa popular alemana es contraria a la intervención en España, y también son contrarios varios jefes del Tercer Reich, del Frente del Trabajo, del ejército y de la marina, como el almirante Forster. En Alemania se considera con gran preocupación la reacción de todo el mundo contra el Tercer Reich. Los que son favorables a la intervención justifican su política, diciendo que Alemania tiene que buscar materias primas y salvar el material de guerra entregado a Franco, y luchar también contra el bolchevismo para asegurar el triunfo

de los solemnes y su íntima coherencia con el pensamiento auténtico del fascismo verdadero, unos comentaristas útiles de buena memoria recuerdan que fué el propio duce quien, en vísperas puede decirse, de tomar el Poder, se rebeló con violencia, contra todo designio que tendiese a derrocar el régimen democrático, a atentar, de la forma que fuese, contra las garantías fundamentales de la libertad. No fué él quien pronunció el 10 de noviembre de 1919, en un mitin fascista de Milán, estas palabras inequívocas:

«Nosotros no nos levantamos contra la clase obrera, sino en favor suyo... Nosotros no aceptamos ninguna dictadura.»

¿Y no fué bajo mi firma como fueron impresas, en «Il Popolo d'Italia» los días 11 y 13 de noviembre, estas líneas memorables?:

«Nosotros afirmamos que si mañana nuestros mayores enemigos fuesen víctimas de un régimen de excepción, nos rebelaríamos para defenderlos, porque somos absolutamente partidarios de la libertad y contrarios a toda tiranía.

...Trátase de la cosa más sagrada del mundo: la libertad.

En Italia no hay nadie que quiera ser gobernado por uno de sus semejantes que se erija en Mesías, o en Zar, o en Dios Padre. Nosotros queremos la libertad para todos, queremos que nos gobierne la voluntad universal y no la voluntad de un grupo o de un hombre, sea quien fuere.

La restauración de la legalidad democrática representa, pues, para el candidato a dictador, a quien la torpeza de sus hombres de acción pone en riesgo de verse irremediamente comprometido, la única probabilidad que se le ofrece para impedir que la cólera vengadora, cuyo rugir aumenta, amenazando por todas partes, estalle irresistible y se lleve todo lo que aún sobrevive de la hazaña inverosímil que se ha convenido evocar en los centros de juicio ponderado de una manera estereotipada, con la imagen pimpante y algo guerrera de la marcha sobre Roma.

Hay que confesar que sabe captar con destreza

Franco preferiría perder los cien mil italianos que combaten por él antes que los diez mil alemanes, que aseguran la organización de la vida social y económica en el territorio rebelde

LONDRES. — Bajo el título «La ayuda nazi», factor esencial para Franco, Philip Jordan, corresponsal del «News Chronicle», publica un artículo, en el que estudia la ayuda italiana y alemana prestada al general Franco.

Estima que sería peligroso no apreciar la importancia de la intervención alemana so pretexto de que los italianos que luchan en las filas rebeldes están en aplastante mayoría.

Philip Jordan especifica, además que un técnico militar de gran categoría, que acaba de regresar de Salamanca, y es partidario de Franco, le ha asegurado que el general se hallaría en una situación infinitamente más crítica si se viese privado de los 10.000 alemanes que si fueran repatriados los 100.000 italianos que se hallan actualmente en territorio rebelde. Pues, a pesar de que los 10.000 alemanes no combaten en las trincheras, le son indispensables para la organización de la vida económica y social de su territorio. Mantienen el orden, dirigen el servicio de abastecimiento; aseguran las comunicaciones postales, telefónicas y telefónicas; conservan las carreteras, reparan los puentes, y, en suma, dirigen y organizan la vida urbana.

de las doctrinas nacionalsocialistas.

El documento reproduce sueltos de revistas militares oficiales, y dice que las teorías militares prusianas, que han llevado ya a Alemania a un desastre, preparan ahora otro desastre. Los intereses alemanes aconsejan retirarse de España. Además, en el caso de una guerra europea, Alemania no puede triunfar en la situación actual. No hay un hombre político serio que pueda creer que Francia e Inglaterra sean débiles. Estas dos potencias pueden derrotar a Alemania y a Italia, en España y fuera de España.

Los oficiales nacionalistas dicen que Francia e Inglaterra esperan que Alemania se empeñe más fuertemente en España, para poder derrotarla más fácilmente.

El documento examina, finalmente, el armamento del Tercer Reich,

que encuentra menos poderoso de lo que se cree, y dice que es preciso retirarse de España, para evitar el desastre de una guerra general, en la cual Alemania e Italia no pueden luchar contra todo el mundo.—Fabra.

Dinamita alemana para el Japón

Tokio, 12. — Del barco mercante alemán «Urusula Siemens», fueron hoy desembarcados en el puerto de Yokohama 3.000 cajones de dinamita de un total peso de 83 toneladas. El «Urusula Siemens» debía haber descargado esta mercancía en Singtan; pero, no pudo efectuarlo debido a que los obreros del puerto se negaron a ello.

(«Pariser Tageszeitung», 13-X-37.)

esa probabilidad y que la maniobra por él concebida con esta intención logra rápidamente su finalidad más allá de toda esperanza.

Por no haber sabido evitar el lazo que se les tendía y desprenderse a tiempo de la lógica engañosa que levanta el frágil edificio de la legalidad formal, los hombres a quienes tocó en suerte la responsabilidad de traducir en acción insurreccional la voluntad ardiente de las masas de librar sin tardanza al país de todo vestigio de contaminación fascista, no pudieron sino allanarse, cada vez más, en su impotencia. En los meses de junio o julio de 1924, unos centenares de hombres decididos hubiesen bastado para arrebatarse en pocos días, en unas horas tal vez, casi sin efusión de sangre, todas las posiciones que los jefes del fascismo, dueños del Poder, sin embargo, cuyas fuerzas se habían dispersado repentinamente, no se atrevían ya a utilizar más que como refugio, con la única esperanza de retrasar —a costa, si hubiera sido preciso, de las mayores cobardías— la hora del castigo.

Pero, en lugar de batirse, la oposición prefirió referirse a la opinión pública. En su ingenua confianza, estaba cierta de antemano de que podía asegurarse el restablecimiento de la libertad mediante el juego normal de las instituciones constitucionales. Una vez constituido el Aventino, consideró terminado su papel, segura como estaba de que el rey no habría dejado de desempeñar el suyo. Y se olvidó de que el monarca no tenía ni podía tener, en el fondo, otro interés que el de identificar su causa con la de aquellos a quienes asustaba la sola idea de que el pueblo pudiese pretender seriamente, a la soberanía. Así, ni movió un dedo ni pronunció palabra.

De esta forma pudo el fascismo revivir en poco tiempo y pensar en lanzarse a la contraofensiva para establecer un régimen susceptible de ahorrarle en lo futuro toda sorpresa desagradable y ponerle sobre todo, para siempre, a cubierto de todo riesgo mortal.

(Continuará)

Las riberas de la invasión fascista

“¡Tunicia, terra nostra!”

Por GABRIEL PERI

He pensado a menudo, durante los tres meses que ha durado mi viaje africano, en estas graves reflexiones de un ministro francés. «En el actual estado de cosas, me decía, si no se emprende un cambio rápido en el Mediterráneo, el transporte de las tropas de África del Norte hacia la Metrópoli es casi imposible, en caso de un brusco incidente internacional.»

El ministro decía verdad. Se podrá restablecer el estatuto mediterráneo (la conferencia de Nyon podía ser una señal saludable de este restablecimiento). Actualmente, este estatuto está prácticamente suspendido. Es preciso estar atacado de la ceguera crónica de la diplomacia para no verlo. Es preciso ser cobarde para no proclamarlo. Cuando se viaja por África septentrional se comprende mejor el título que Georges Sclémée ha dado a su hermoso libro: «El Mar peligroso» (Dangerous Sea).

Pero, ¿qué sucede en las riberas de este mar que una cierta política ha entregado a las hazañas intermitentes de los piratas?

He aquí el problema cuyos datos hay que estudiar. ¿Lo que sucede en las orillas del Mediterráneo es de tal naturaleza que agrave el mal hasta el punto de hacerlo irreparable? ¿O bien, se puede, con la condición de actuar y de actuar deprisa, disminuir el peligro e iniciar un arreglo de conjunto?

Cerco

Un día de la última primavera el Duce partió hacia Libia. Iba a inaugurar la famosa «Litoranea» que une la frontera de Egipto a la de Túnez. Ha subido por la duna de arena y unos caballeros árabes le han ofrecido una réplica de la espada del Islam. Se ha proclamado protector de los pueblos islámicos. Ha hablado mucho tiempo; y hubiera hablado más todavía, si no le hubiera llegado mientras charlaba, la noticia de la derrota de Guadalajara. Pero su discurso ha sido traducido. Se ha leído en los «souks», donde se conocía ya la traducción árabe, cuidadosamente expurgada, del «Mein Kampf». La «Litoranea» no tiene ninguna importancia comercial. Su único interés es de orden estratégico y político. Es la vía de penetración y de infiltración fascista en Egipto y Túnez. Completa la acción de las emisiones en lengua árabe de «Radio Bari» y la acción de los agentes italianos en Palestina, en Túnez, en Siria. En el otoño de 1935, cuando se celebró en Ginebra el congreso musulmán, dos italianos se sentaron entre los congresistas, uno era el orientalista fascista Laura Vaglieri, otro el diputado fascista Bernardo Barbellini Amidei, el cual anunció su conversión a la religión musulmana.

Sesenta mil italianos están afiliados en Egipto a las organizaciones fascistas que dirige el consulado. Una diplomacia paciente ha aproximado la familia de Saboya a la casa real de Egipto. Con razón se ha pensado en Egipto para propiciar a Ginebra el reconocimiento de la conquista de Etiopía.

¿Etiopía? El «Osservatore Romano» no se ha ofuscado por el asesinato del ras Tessa. Sin embargo esta hazaña alcanzaba a todas las comunidades cristianas de Abisinia. Para ganarse el mundo musulmán, Mussolini, sin que el Papa se conmoviera, practica una política de persecución anticristiana.

¡Túnez cercado! ¿Teníamos

razón al expresarnos así? Túnez, puerta de Oriente, se ha convertido en la puerta de la invasión fascista. No hay mayor peligro que éste. Este es el peligro que os acoge cuando llegáis allí.

Habéis dejado Marsella algunas horas antes con el espíritu atormentado por las noticias de España, por los peligros que amenazan la seguridad de Francia. Habéis leído la relación de los torpedeamientos. Ponéis el pie sobre una tierra en la que flota la bandera francesa y ¿a quién encontráis, quién os mira? Hombreros que llevan la insignia del fascio y que por poco que les interroguéis, os explicarán que son la vanguardia de un ejército extranjero, un destacamento en posición de espera.

El consulado italiano

Sucede a veces que a consecuencia de un golpe de mano mal preparado o de un asesinato, como después del asesinato de Micelli, se detiene o se interroga a los ejecutantes o a los cómplices. No hemos leído jamás que las autoridades hayan pedido cuentas a los verdaderos responsables. «Estos se encuentran en el consulado italiano». El consulado italiano en Túnez —¿por qué se finge no saberlo?— se ha transformado gradualmente 67.000 en el control civil de Pyrouton, en un gran órgano centralizador de la agitación antifrancesa en Túnez. Hay en Túnez 100.000 italianos (solamente 6.700 en el control civil de Túnez). El consulado ejerce sobre ellos, menospreciando todas las reglas internacionales, un poder de policía, y ahoga en esta masa todas las veleidades de no conformismo. Prohibición a los italianos, protegidos por Francia, de ser antifascistas o sindicalistas. Y Francia tolera esto.

Diarios, radio, cine

Para ejercer su propaganda el gobierno de Roma dispone de medios potentes, o mejor dicho de medios que no son potentes más que a causa de la impotencia que han querido tener las autoridades francesas. Son primeramente los periódicos. El consulado mantiene en Túnez un diario, la «Unione» (cuyos dirigentes efectuaron hace algunas semanas, un robo de documentos, naturalmente impune, en los locales de la Residencia), dos semanarios: el «Africano» y «Cocodé», uno mensual ilustrado «Itali di Tunisia» y una revista pseudo-literaria «Pagine Mediterranee». Hace algún tiempo aparecía un diario en lengua árabe «L'Amico del Popolo». Desaparecido por falta de lectores se transformó en un órgano de provocaciones tan torpes que las autoridades tuvieron que prohibirlo. Destaquemos, sin embargo, que al diario árabe «Nadha» le son proporcionados los clichés por una agencia de propaganda italiana.

Tengo ante mí la colección de estas hojas. Lectura monótona. Todos estos diarios son violentamente antifranceses. El «Judío Blum» es insultado en ellos en casi todas las páginas. Todas las dificultades de Francia son en ellos jalazmente explotadas. En los números del año anterior, los artículos difamatorios contra Roger Salengro son reproducidos extensamente. Por lo demás, el hecho merece ser anotado, para escapar de toda diligencia —parece que es un medio— la «Unione», «Cocodé», el «Africano» reproducen «Gringoire» y «Candido» convertidos en los dos gran-

des proveedores de propaganda antifrancesa. En fin los grandes diarios franceses no sirven de antídoto. El más importante, la «Dépêche Tunisienne», hace coro contra Francia. Encuentro en mi carnet esta reflexión de un militante socialista de Túnez: «Lo más escandaloso, me decía, es que la «Dépêche Tunisienne» continúa estando subvencionada por la Residencia».

He prometido señalar esto al camarada Leon Blum.

La Radio completa la acción de la prensa. Para todos los fines útiles, indico a nuestro amigo André Février que la estación experimental «De Matteis» ha confiado la transmisión de noticias a un sindicato de periodistas compuesto exclusivamente de fascistas italianos y franceses. Habéis leído que habían establecido recientemente en Túnez incidentes en el cinema «Minuit Midi». Hay que decir que los dos grandes cinemas de Túnez «Minuit Midi» y «Empire» (del trust Xibenez) presentan regularmente, bajo título de actualidad, films de propaganda italiana alquilados a la Sociedad «Luce». La propaganda antifrancesa se ejerce con una virulencia especial en las escuelas que se han desarrollado con violación de los acuerdos de 1896 y del tratado Laval-Mussolini de 1935.

La «O. V. R. A.»

Pero he aquí sin duda los dos instrumentos esenciales de la agitación fascista: queremos hablar de las asociaciones italianas y de la policía especial. El consulado dirige la actividad de todas las sociedades italianas, de la «Dante Alighieri» a las sociedades deportivas, de los antiguos combatientes a las sociedades teatrales y musicales, de

las agrupaciones católicas a la Liga franco-italiana, sin hablar de las «Dopo Lavoro» y del «Fascio» de Túnez a las que no ha alcanzado aún ninguna medida de disolución. Los comités directores de estas asociaciones son designados por el consul. El consulado italiano de Túnez es el que organiza la colaboración entre las asociaciones italianas, el P. P. F. y el P. S. F. El consul de Mussolini en Túnez fue quien organizó el 14 de abril último, en las calles de la ciudad la manifestación inaudita en el transcurso de la cual los hombres de Doriot, los de La Rocque y los fascistas italianos de uniforme gritaron: «¡Viva el Duce!» ¡Que dimita Guillon!

Doriot y La Rocque están aún en libertad; y el consul italiano es de tal manera «tabú» que, su policía, la Ovra ha podido crear un Estado en un territorio protegido por Francia.

La Ovra, la siniestra Ovra ha encontrado en Túnez una tierra de promisión. Sus hombres, los Spada, los Guerriero, los Bocca, han instituido una vasta empresa de espionaje, contra todos los que, en la colonia italiana, prefieren la democracia a la dictadura fascista. Estos son perseguidos por la Ovra, sus domicilios son vigilados y a veces robados. Reciben cartas amenazadoras; algunas veces son objeto de falsas denuncias, interrogados por la policía francesa, pero interrogado en presencia de los hombres de la Ovra. «Es la Ovra quien organiza las detenciones de antifascistas».

Hace algunos meses tres antifascistas: Lentini, Alberto y Salvatore Terranova fueron embarcados por fuerza a bordo de un barco que partía hacia Italia. Una milagrosa casualidad permitió intervenir a algunos militantes de la Liga de los Derechos del Hombre. Los tres fueron puestos en libertad. Pero se les dirigió hacia Marcella y allí están, sin recursos, ni carta de trabajo. Túnez, protectorado francés les está prohibido por-

que no agradan a los enemigos de Francia.

¡Micelli!

Al terminar estas notas, me acuerdo de aquella mañana de mes de agosto pasada con nuestros amigos de Cas en el puerto de la Goulette que se parece a una ciudad española. Me decían el magnífico esfuerzo de los que, a pesar del terror de un régimen en el que por la voluntad del Duce se desconoce el derecho de asilo, se han agrupado en la Liga de los Derechos del Hombre, y mantiene el periódico antifascista «L'Italiano». Un muchacho, ardiente y modesto, animaba con su fe esta falange valerosa. Se llamaba Giuseppe Micelli. Un mes más tarde, cien cadetes y marineros del «Colombo» y del «Vespucci» mataban como a un perro a los rojos y a palos. La policía fue avisada y llegó al lugar cuando los marineros no habían abandonado todavía el local. Pero dejó hablar al «Tunis Socialiste».

«Un pequeño grupo se había formado ya ante la puerta. Los cinco agentes, tres de ellos motoristas, que acababan de llegar, apartaron a los curiosos para abrir camino a los culpables. Los marineros y los cadetes ganaban tranquilamente la avenida. Encontraron en el camino varias policías. Ninguno de ellos hizo nada para oponerse a su partida.»

Al día siguiente a las nueve de la mañana el «Colombo» y el «Vespucci», a la paz glorifican y felicitan a los asesinos de Micelli. Ningún impedimento retardó su partida.

Al llegar a Goulette, ante los propios ojos de la policía, los asesinos gritan a todo pulmón: «¡Tunisia, terra nostra!»

GABRIEL PERI
(«L'Humanité», —París, 11-X-37)

Este «Boletín»
se reparte
gratuitamente

El gran escritor católico Mauriac y la guerra fascista de España

En la crónica que publica en un diario reaccionario, en el cual ha sabido conservar su alta independencia, el escritor Francois Mauriac, acaba de expresar con nobleza los sentimientos que despiertan en él las atrocidades de la rebelión y de la invasión fascistas.

El artículo está escrito en forma de diálogo supuesto (o reproducido) entre el gran escritor y un católico.

Mauriac.—¿Qué piensa usted de las recientes adhesiones episcopales al manifiesto de los prelados españoles?

—Se lo ruego, hablemos de otra cosa.

M.—El mismo día en que fueron publicadas, ¿leyó usted en la prensa las dos frases tomadas de un artículo del duce?

—Sí, aquella que se señaló con motivo del bombardeo de ciudades abiertas: los gritos de las mujercuelas y los sermones del arzobispo me hacen reír o me dan náuseas...

M.—Y la otra todavía más feroz: ciertos católicos, a los cuales ya arreglaremos las cuentas, a nuestra manera...

—¡No hablemos más de eso! Pidame noticias de mis vendimias...

M.—Espere, sólo una palabra. ¿Cómo encuentra usted este chasquido formidable de mandíbulas en el momento mismo en que pastor y rebaño avanzan en procesión hacia monseñor el Lobo?

La conversación continúa de esta forma.

Mauriac insiste en hablar del problema candente, y su interlocutor, molesto, trata de eludirlo. Así le habla (con un acento poético que, desde luego, Mauriac le presta) de la primavera y del otoño, de los campos y de la vendimia... Pero Mauriac le dice:

—Usted no hace sino apartarme adrede de

mi tema. Responda a una sola pregunta y le evitaré lo demás. Mientras que el general Franco, sus requetés, sus falangistas y sus moros, merezcan ser bendecidos (y me atengo en este punto a la autoridad episcopal), habrá que extender ese beneficio espiritual a las divisiones italianas desembarcadas sin declaración de guerra, a las escuadrillas alemanas, y a esos excelentes «Savoias» que dirige, según se afirma, un hijo de Mussolini, y que acaban de comenzar su misión dejando caer sobre Valencia bombas de trescientos kilos? Un testigo presencial me ha descrito el estado de las débiles casas españolas después de esta lluvia... No le hablo de las personas...

El otro continúa esquivando el tema, pero, al fin dice: «La cosa es que ya no tenemos derecho a ser felices.» Y Mauriac le contesta: «Ahora es usted quien me lleva al asunto prohibido.»

Y cuando el uno y el otro se inclinan ante el recuerdo de las víctimas de la guerra desencadenada por el fascismo internacional y por Franco, si bien saludan a las de las dos partes, Mauriac se pregunta, sin embargo, si «las causadas por los bombardeos meditados y realizados a sangre fría, sin placer ni odio, por extranjeros que cumplen una orden, no despertarán, al menos, la misma piedad en el corazón de Dios.»

He aquí las últimas réplicas lanzadas, sin duda, para que encuentren eco allí donde debieron encontrarlo:

«Los santos puede ser que lo sepan...»

Mauriac.—«¡Ah, si una voz se elevara de repente, una sola voz...»

«Los santos ya no hablan...»

(«L'Humanité», 14-X-937.)